

*He escrito, pues, lo que he escrito.*  
**Sarmiento como sujeto viajero  
latinoamericano: una lectura al prólogo  
de *Viajes por Europa, África i América,*  
1845-1847\***

*Rebeca Errázuriz*

Universidad de Chile / Universidad de Talca, Chile  
rebelais@gmail.com

RESUMEN: El siguiente artículo realiza un análisis del prólogo al libro de viajes de Domingo Faustino Sarmiento, bajo la perspectiva de que el discurso del viajero elabora un proceso hermenéutico acerca del espacio y la cultura ajenos. El análisis del prólogo permite comprender de qué manera Sarmiento justifica la escritura y publicación de su libro de viajes como la producción de un saber útil acerca de los espacios de la civilización.

PALABRAS CLAVE: D. F. Sarmiento, literatura de viajes, civilización y barbarie.

\* Este artículo está basado en un fragmento de mi tesis de Magíster *El viaje latinoamericano*.

*HE ESCRITO, PUES, LO QUE HE ESCRITO. SARMIENTO AS A LATIN AMERICAN TRAVELLING SUBJECT: A READING OF THE PROLOGUE TO VIAJES POR EUROPA, ÁFRICA I AMÉRICA, 1845-1847*

ABSTRACT: The following paper makes an analysis of the prologue in Sarmiento's travel book under the assumption that the traveler's discourse elaborates an hermeneutic process of both foreign space and foreign culture. Therefore, the prologue's analysis allows us to understand the ways in which Sarmiento justifies the writing and the publishing of his travel book as a production of useful knowledge regarding the spaces of civilisation.

KEYWORDS: D. F. Sarmiento, travel literature, civilisation and barbarism.

## I

A fines del año 1845, Domingo Faustino Sarmiento acababa de publicar como libro su folletín *Civilización i Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. Ese mismo año se embarcaría en un largo viaje por Europa, Argelia y Estados Unidos, que duraría casi dos años. A su regreso, reunió sus impresiones de viaje en un conjunto de cartas dirigidas a distintos amigos, que publicó con el título de *Viajes por Europa, África i América*. En el prólogo que abre su libro de viajes, podemos leer la siguiente afirmación acerca de la experiencia del viajero:

Cuánta influencia haya ejercido en mí mismo aquel espectáculo, i hasta dónde se haga sentir la inevitable modificación que sobre el espíritu ejercen los viajes, juzgarán lo aquellos que se tomen el trabajo de comparar la tendencia de mis escritos pasados con el giro actual de mis ideas. Por lo que a mí respecta, he sentido agrandarse i asumir el carácter de una convicción invencible, persistente, la idea de que vamos en América en mal camino, i de que hay causas profundas, tradicionales, que es preciso romper, si no queremos dejarnos arrastrar a la descomposición, a la nada, i me atrevo a decir a la barbarie, fango inevitable en el que se sumen los restos de los pueblos i de razas que no pueden vivir, como aquellas primitivas cuanto informes creaciones que se han sucedido sobre la tierra, cuando la atmósfera se ha cambiado, i

modificándose o alterado los elementos que mantienen la existencia (*Viajes* 6-7)<sup>1</sup>.

Lo que este pasaje expresa es, ante todo, una urgencia para las sociedades latinoamericanas del siglo XIX, la urgencia de construir un orden civilizado, una sociedad moderna que resguarde a las nuevas naciones de ciertas fuerzas que amenazan con arrastrarlas hacia su descomposición. El “mal camino” que lleva nuestro continente se explica a partir de unas “causas profundas, tradicionales, que es preciso romper”. La necesidad de romper con un pasado se traduce en el deseo de construir algo nuevo en su lugar, ¿con qué se llenará ese lugar vacío? Esta disyuntiva expresa el modo en que los intelectuales latinoamericanos de la primera mitad del siglo XIX enfrentaron el problema de la ruptura con la antigua metrópolis; disyuntiva que Sarmiento planteó ya en *Facundo* bajo la fórmula de *civilización o barbarie*, donde el término civilización indica aquello que falta, el proyecto de instalación de una modernidad aún por realizar. Sarmiento, como otros intelectuales y políticos latinoamericanos de su tiempo, estaba convencido de que era necesario romper con las tradiciones de un pasado ligado al orden colonial español, que habían conducido al continente a un estado de barbarie social y política<sup>2</sup>.

El triunfo de las fuerzas de la civilización en nuestro continente tienen como requisito, para el sanjuanino, la puesta en marcha de un impulso modernizador que aspira a crear un mundo *ex nihilo*, un mundo que se debe construir en el contexto de una ausencia total de fundamentos, en la aspiración por una “modernidad radical”<sup>3</sup>. El deseo de modernidad de Sarmiento se expresa en *Facundo* a través de la representación de la nación argentina como escenario de una lucha entre civilización y barbarie, donde el triunfo de la civilización se asocia con el proceso de modernización

<sup>1</sup> Para todas las citas de *Viajes* usamos la edición crítica de la Colección Archivos, coordinada por Javier Fernández. Conservamos la ortografía original, reproducida en dicha edición. Asimismo, todas las citas de textos de Sarmiento y otros autores contemporáneos suyos serán reproducidas con la ortografía original.

<sup>2</sup> El modo en que la generación de liberales latinoamericanos enfrentó el problema de la herencia colonial como ruptura con el pasado y necesidad de emancipación mental es expuesto por Leopoldo Zea. Véase el capítulo “Medioevo y modernidad en la cultura americana” de *El Pensamiento Latinoamericano* (82).

<sup>3</sup> Sigo aquí las reflexiones de Carlos Ossandón acerca de la obra *Facundo* (113-18).

seguido por las sociedades europeas occidentales en su lucha contra las “tradiciones medievales”. En este sentido, el orden de la civilización es definido en base a ciertos modelos e ideales propios de la modernidad europea<sup>4</sup>: la libertad en oposición a la tradición; lo racional en oposición a lo fáctico natural; la ciudad en oposición al campo, a la vida rural o feudal. Sin embargo, más allá de estas oposiciones, la modernización en Sarmiento, más que la expresión de un programa definido, es un asunto problemático. ¿En qué consiste esta modernidad? ¿Cómo se construye el saber latinoamericano del siglo XIX acerca de “lo moderno”? Una respuesta a estas interrogantes puede plantearse a través de la experiencia del viajero Sarmiento vertida en sus cartas de viaje. Dicha experiencia, que en las cartas aparece como un “modelo de experiencia puesto en escena y apto para la apropiación de formas perceptivas de elementos culturales extraños” (Ette, *Literatura de viaje* 15), se decanta y sintetiza como certeza y como misión en el prólogo que abre el libro de viajes sarmientino.

La lectura y análisis de dicho prólogo es central, pues en él podemos entrever cómo el sanjuanino completa la hermenéutica propia de la experiencia de viaje. Ottmar Ette, quien ha llamado la atención sobre el carácter *friccional*<sup>5</sup> de los textos de viajes, sostiene que el viajero, al realizar su hermenéutica frente a la novedad que presenta la experiencia viajera, realiza un movimiento de comprensión y significación que puede ser descrito como una coreografía, es decir, como un movimiento que revela las estrategias hermenéuticas del viajero (Ette, “Los caminos” 13), que ordena y jerarquiza lo visto y lo vivido en una trama de significados

<sup>4</sup> El problema de la identificación de la modernidad con los procesos históricos de Europa occidental es tratado por Enrique Dussel en “Europa, modernidad y eurocentrismo” (41-53).

<sup>5</sup> “El relato de viajes se caracteriza más bien por una oscilación fundamental entre ficción y dicción, por un salto continuo que impide una clasificación estable tanto en lo referente a la producción como a la recepción. Entre los polos de la ficción y la dicción, el relato de viajes nos lleva más bien a una fricción, puesto que se evita tanto el traspasar fronteras bien definidas, como el llevar a cabo experimentos, amalgamas estables y formas mixtas. A diferencia de lo que ocurre con la novela, el relato de viajes constituye una forma híbrida por los géneros que recoge, su variedad de discursos y su propiedad de acercar la ficción y la dicción. El relato de viajes lima las aristas entre los dos ámbitos: se encuentra en una zona literaria que podemos definir como literatura friccional” (Ette, *Literatura de viaje* 37).

que permiten transformar dicha experiencia en una producción de saber. En el prólogo a los viajes de Sarmiento puede leerse la consumación de una experiencia viajera que describe la forma de un círculo, es decir, el viaje solo adquiere su sentido total al volver al lugar de origen, donde se produce una multiplicación del saber sobre el o lo otro.

Sin embargo, para garantizar la legitimidad de dicho saber, Sarmiento echa mano en su prólogo de un conjunto de estrategias retóricas destinadas a autorizarlo como un veedor que posee las herramientas necesarias para comprender e interpretar la realidad de los países visitados. La necesidad de legitimidad apunta a un problema propio del viajero latinoamericano del siglo XIX: su condición subalterna frente al espacio cultural y social visitado. El viajero latinoamericano tendrá problemas específicos al intentar autorizar su relato sobre las tierras europeas, puesto que se da una relación de asimetría entre el visitante y la cultura que visita. Así, por ejemplo, Juan Bautista Alberdi dirá de su viaje lo siguiente:

Voi a copiar literalmente las espresiones que escribia en presencia de los objetos mismos. Ésta prueba no es poco atrevida de mi parte; pero es el único, o a lo menos el mas perfecto medio de que el viajero americano pueda valerse para dar cuenta esacta de sus primeras sensaciones de Europa (...) A una persona venida de una capital europea, mis impresiones darian risa quizas; a un americano del sud, mui lejos de eso (6).

A partir de esta cita notamos dos cuestiones relevantes: en primer lugar, el autor admite una situación de asimetría entre su posición cultural y la del país visitado; en segundo lugar, vemos cómo Alberdi autoriza su texto mediante la apelación a un destinatario específico: el sudamericano. Poca utilidad pueden prestar sus impresiones –cree Alberdi– a un ciudadano europeo, y de este modo reconoce que la producción del saber que puede realizar su texto es la de un saber subalterno, válido solo al interior de sus tierras. El *saber hacer ver* que se produce desde los libros de viajes latinoamericanos a Europa tiene, entonces, un destinatario específico: el lector sudamericano. ¿Y cuál es la utilidad que buscan estos textos? ¿Por qué los latinoamericanos viajan a las metrópolis o a los Estados Unidos? Sin duda, no es en la búsqueda de una naturaleza desconocida o de la explotación de recursos y riquezas ignotas. El saber que estos viajes desean producir busca suplir aquello que estos viajeros percibían como las carencias propias del suelo americano: si los libros de viajes

Europeos contribuyeron a construir la imagen de América como pura naturaleza, en oposición a la civilización europea, si los viajeros europeos visitaban nuestras tierras en busca de esa naturaleza en estado puro; los latinoamericanos viajan a Europa en busca de la civilización. Dice Lilianet Brintrup sobre el viajero chileno del siglo XIX:

¿Qué buscaba este viajero al viajar? Si iba a Europa lo hacía buscando una civilización en la que deseaba no sólo ver una cultura acumulada en construcciones y museos, sino más fundamentalmente asistir, participar y registrar esa civilización y tecnología (sobre todo la tecnología) como espectador vivo, el cual como actor periférico la observaba en proceso de hacerse. Por algunos meses o años, en su viaje por Europa, dejaba de ser un “consumidor” de cultura para pasar a ser, involuntariamente, un productor de la misma y de su propia historicidad. Viajar desde Chile y, en general, desde Hispanoamérica a Europa constituía una buena oportunidad para el viajero de aproximar lo lejano, de realizar aquello que en Chile se había vivido como desmembrado (2).

La civilización europea, desde la visión de estos viajeros latinoamericanos, era un modelo desde donde importar el progreso. Y el viaje permite, como afirma Brintrup, dejar de ser un consumidor pasivo de la cultura metropolitana, para experimentarla y verla con ojos propios y ser a la larga un productor que se apropia de dicha cultura para reproducirla, transformarla, aplicarla, adaptarla (en casos contados, incluso para rechazarla), de manera más o menos crítica, en la tierra natal. En este contexto, el relato sarmientino se erigirá como una reinención de la imagen de modernidad de la cual disponían hasta entonces los latinoamericanos, donde la situación del que narra no es ya la del *viajero cortesano* que describe David Viñas, cuando el sujeto colonial que visitaba la metrópolis se situaba frente al europeo en una relación pasiva de súbdito (Viñas 135-43)<sup>6</sup>. El acto de enunciar lo moderno, de representarlo e incluso criticarlo, constituye un esfuerzo de apropiación de esa realidad que se intenta conocer y ofrecer a un lector latinoamericano.

<sup>6</sup> Para un análisis del viaje cortesano chileno en el siglo XVIII y su evolución hacia la conformación de una identidad propia frente a la metrópolis, véase Sanhueza (213-220).

De este modo, el viaje latinoamericano, como el europeo, también es un viaje útil que produce un saber destinado a la condición específica de asimetría de las naciones de América Latina. Y posee sus propios procedimientos para legitimar la producción de un saber que intenta recoger modelos de progreso para su país de origen. Además de la autoridad que confiere la experiencia directa, lo “visto y vivido”, y el contacto con la realidad que se intenta comprender, Sarmiento viaja premunido de múltiples lecturas que le permiten erigirse como un intermediario válido entre la cultura metropolitana y su país de origen. Así como en su *Facundo* Sarmiento utiliza el epígrafe culto, para imprimir a su discurso la autoridad del saber europeo como respaldo a sus afirmaciones con referencias a Humboldt, Bond Head, Shakespeare, Victor Hugo, Volney o Chateaubriand<sup>7</sup>; asimismo, en su viaje no dejan de aparecer las referencias a lecturas que permiten garantizar a su receptor que el testigo es uno que posee la instrucción necesaria para sacar provecho de su estadía. De este modo, la escritura del libro de viajes sarmientino es capaz de producir ese *saber hacer ver* a través de una descripción que va desde el detalle cotidiano o el episodio anecdótico hacia la reflexión utilitaria dirigida al provecho del lector latinoamericano, capaz de pintar a partir del detalle el todo orgánico de una nación.

<sup>7</sup> Este respaldo de la autoridad europea le sirve para legitimar su discurso no solo ante su público latinoamericano, sino también ante un posible (deseado) público europeo. Sarmiento se llevó consigo una copia de su *Facundo* e intentó darlo a conocer en Francia. Adolfo Prieto especula acerca de la omisión de Alberdi en el aparato de citas del texto de Sarmiento, afirmando que podría ser una estrategia que apuntaba a utilizar citas de autores que le ayudaran a garantizar un posible público en el “viejo” continente: “El éxito de las novelas de Cooper en Europa, tanto o más que las notables afinidades de éstas con el escenario y la tipología del *Facundo* puede, si es acertada nuestra comprensión de los hábitos de escritura desarrollados por Sarmiento en su labor periodística, explicar la precedencia de citas y la importancia que las mismas parecen asumir en la articulación del mencionado capítulo. Obsesionado por el fenómeno de la constitución de los campos de lectura, calculando, midiendo, creando entre el patetismo y el humor su propia audiencia, comparando incesantemente la dimensión de las ajenas, un éxito de público en Europa equivalía para Sarmiento a la más alta consagración a que podía aspirar un escritor del mundo civilizado” (Prieto 193).

## II

Pero lo que mi madre no notó nunca, porque es cosa que no se hace notar en Chile, es la invencible propension que a escribir un viaje tengo; un viaje en que yo sea el héroe i el objeto más puntiagudo que se ofrezca, para tener el gusto de oír mi nombre i ocuparme de mis aventuras. “Un viaje a Valparaíso”, D. F. Sarmiento.

El 17 de octubre de 1845, Manuel Montt, que era entonces Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, comisionó a Domingo Faustino Sarmiento para que estudiara en Europa los sistemas escolares y métodos de enseñanza. El 28 de octubre de ese mismo año, Sarmiento zarpa en el velero *Enriqueta* desde Valparaíso, para embarcarse en una travesía que lo llevará por Montevideo, Río de Janeiro, Francia, Argelia, España, Italia, Alemania, Suiza y Estados Unidos. Se sabe que una de las razones por las cuales Montt, amigo de Sarmiento, le encomendó al argentino dicha misión fue la de sacar al sanjuanino de un escenario de creciente tensión en torno a su figura: a su ya polémica actividad en prensa, que le había granjeado a Sarmiento numerosas enemistades por su escritura afilada y su condición de extranjero, se sumaba la publicación de *Facundo* en el delicado contexto político de la visita de un enviado especial de Juan Manuel de Rosas en diálogo con el Gobierno de Chile. Sarmiento se encontraba anímicamente deprimido y desgastado. Manuel Montt, que sabía de los anhelos del sanjuanino de conocer el “viejo continente”, le ofreció esta salomónica solución. Sarmiento viajó durante poco más de dos años y regresó a Chile el 24 de febrero de 1848. Como resultado de la misión encomendada por el Gobierno de Chile, Sarmiento publica en 1849 *De la Educación Popular*, trabajo donde expone sus investigaciones sobre los sistemas de enseñanza primaria en Europa y Estados Unidos. Pero este no será el único libro que escribe como resultado de su estadía en Europa, y ese mismo año, antes que *De la Educación Popular* saliera a la luz, publica *Viajes en Europa, África y América*<sup>8</sup>. Mientras en *De la Educación Popular*

<sup>8</sup> El texto de *Viajes* se publicó por primera vez en Santiago de Chile, a través de la Imprenta Julio Belin, en dos tomos. El primero, aparecido en 1849, contiene los

Sarmiento estaba en la obligación de dar a conocer los resultados de la misión encomendada, *Viajes* es un libro nacido de la necesidad del propio autor de relatar sus peripecias y expresar sus impresiones como sujeto viajero latinoamericano. A diferencia de la anterior, se trata de una obra en la que el autor puede contar todo aquello que quedaba necesariamente excluido en su libro sobre educación. Por esta razón, el libro de viajes de Sarmiento, además de las doce cartas<sup>9</sup> que lo componen, se inicia con un prólogo donde el autor intenta explicar sus razones para publicar dichas cartas:

Ofrezco a mis amigos, en las siguientes páginas, una miscelánea de observaciones, reminiscencias, impresiones e incidentes de viaje, que piden toda la indulgencia del corazón, para tener a raya la merecida crítica que sobre su importancia no dejará de hacer el juicio desprevenido. Saben ellos que a fines de 1845 partí de Chile, con el objeto de ver por mis propios ojos, i de palpar, por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria, en las naciones

---

siguientes capítulos: “Advertencia”; “Más-afuera”; “Montevideo”; “Río de Janeiro”; “Ruán”; “París”; “Madrid”; “África” y “Roma”, en 386 pp. El volumen dos, titulado *Segunda entrega*, aparece en 1851 y contiene: “Florenia”; “Venecia”; “Milán”; “Suiza”; “Munich”; “Berlín”; “Estados Unidos”; “Incidentes de viaje: Nueva York”. Incluye también los siguientes trabajos anexos: “Memorias: Memorias sobre el cultivo de la seda”; “Discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia”; “Expedición del General Flores”. Los trabajos anexos fueron reeditados por separado y no fueron incluidos en las ediciones posteriores de *Viajes*.

<sup>9</sup> No nos ocuparemos aquí del análisis textual de los géneros discursivos presentes en el texto de *Viajes*. Nos limitamos a indicar que, aunque Sarmiento utiliza la carta como género de escritura para sus viajes, está demás decir que estas no son cartas íntimas y que su estructura se asemeja más a la de un ensayo. El formato de la carta permite a Sarmiento presentar sus reflexiones en un tono más coloquial, casi conversacional, aludiendo siempre a un interlocutor latente, sin tener que ceñirse todo el tiempo a la narración cronológica de su periplo (como ocurre con los diarios de viajes), pudiendo saltar fácilmente de un tema a otro y de un incidente a otro sin más explicación que la mera asociación de ideas; todos elementos que apuntan a las típicas estrategias de la escritura sarmientina para cautivar al lector. Estas estrategias permiten que Sarmiento haga partícipe a su lector de la experiencia de viaje del modo más vívido, sin por ello omitir las digresiones y salidas reflexivas tan frecuentes en su texto. Sarmiento, como es su costumbre al escribir, lleva a los lectores de su viaje desde las experiencias concretas y las anécdotas hacia el examen y la reflexión social. Más detalles acerca del análisis discursivo de *Viajes* pueden encontrarse en el artículo de Elena M. Rojas (955-1004).

que han hecho de ella un ramo de la administración pública. El fruto de mis investigaciones verá bien pronto la luz; pero dejaba esta tarea, árida por demás, vacíos en mi existencia ambulante, que llenaban el espectáculo de las naciones, usos, monumentos e instituciones, que ante mis miradas caían sucesivamente, i de que quise hacer en la época, abreviada reseña a mis amigos, o de que guardé anotaciones i recuerdos, a que ahora doi el posible orden, en la coleccion de cartas que a continuación publico (Sarmiento, *Viajes* 3).

Sarmiento se ve en la necesidad de justificar su escritura y en este primer párrafo recurre a la falsa modestia y pide indulgencia a sus lectores por la posible falta de importancia que podría tener un texto como el suyo, aunque hacia el final del prólogo dicha modestia se irá desvaneciendo paulatinamente, para argumentar a favor de la utilidad de su escrito. ¿Por qué en un principio Sarmiento debe justificar su escritura de viajero? Esta necesidad surge de un problema de género que nuestro autor debe enfrentar al hacer relación de su experiencia en las tierras de Europa y Norteamérica. Cuando Sarmiento escribió sobre sus viajes, el género estaba dominado por los libros de los viajeros europeos que salían a explorar tierras desconocidas, un modelo que apuntaba a la producción de un saber: desde los libros de viajes de científicos como La Condamine o Humboldt, fuertemente orientados a la descripción de la naturaleza (que en el caso de Humboldt adquiere una notable fuerza estética), hasta el relato de viajeros ingleses como Francis Bond Head o John Miers, aquellos que Mary Louise Pratt ha llamado “la vanguardia capitalista” (254-72), y que recorrieron la ruta de Buenos Aires a Lima, describiendo los territorios en términos de las posibilidades de producción y explotación que estos ofrecían para el imperialismo inglés. Los viajes de Sarmiento, obviamente, no se ajustan a los modelos establecidos por este tipo de viajeros, ni tampoco pueden apoyarse en el modelo que brinda el viaje romántico<sup>10</sup>, al

<sup>10</sup> A diferencia del viajero científico o el comerciante, el viajero romántico ya no se ocupa únicamente de clasificar un objeto y conocerlo, sino que el viaje pasa a ser relevante como experiencia para un sujeto que de algún modo es modelado por dicha experiencia. El viaje romántico responde a la necesidad de satisfacer una inquietud interior, se concibe como una experiencia de formación y aprendizaje que transforma al sujeto que la realiza y por esta razón es, en cierta medida, heredero del *Grand Tour*. Como la experiencia del viaje en sí adquiere relevancia, hay una búsqueda por lo exótico,

modo de Chateaubriand, porque el objeto que el argentino debe describir dista mucho de esa naturaleza sublime y edénica que el viajero romántico consagrará en sus escritos y no desea tampoco caer en el vicio de la excesiva ficcionalización, típica de la descripción de lo pintoresco. El viaje que Sarmiento intenta relatar se distingue de los modelos europeos que lo preceden, pues intenta presentar algo distinto, que rompe con los tópicos más comunes del género:

El *viaje escrito*, a no ser en prosecucion de algún tema científico, o haciendo exploracion de países poco conocidos, es materia mui manoseada ya, para entretener la atencion de los lectores. Las *impresiones de viaje*, tan en boga como lectura amena, han sido esplotadas por plumas como la del creador inimitable del jénero, el popular Dumas, quien con la privilegiada facundia de su espíritu, ha revestido de colores vivaces todo lo que ha caido bajo su inspeccion, hermoheando sus cuadros casi siempre con las ficciones de la fantasia, o bien apropiándose de acontecimientos dramáticos o novedosos ocurridos muchos años ántes a otros, i conservados por la tradicion local; a punto de no saberse si lo que se lee es una novela caprichosa o un viaje real sobre un punto edénico de la tierra. ¡Cuán bellos son los países así descritos, i cuán animado el movable i corredizo panorama de los viajes! I sin embargo, no es en nuestra época la escitacion continua el tormento del viajero, que entre unas i otras impresiones agradables tiene que soportar la intercalacion de largos dias de fastidio, de monotonía, i aún la de escenas naturales, mui bellas para vistas i sentidas; pero que son ya, con variaciones que la pluma no acierta a determinar, duplicados de lo ya visto i descrito (Sarmiento, *Viajes* 3-4).

El sanjuanino es, por lo tanto, consciente de la dificultad que plantea este género para una pluma no europea. De hecho él mismo ya había parodiado el viaje romántico en sus escritos de prensa. Un ejemplo notable lo encontramos en “Un viaje a Valparaíso” (Sarmiento, *Obras* I 115-145), artículo en varias entregas publicado en septiembre de 1841 por *El Mercurio*, donde Sarmiento describe un viaje desde Santiago al puerto.

---

lo diferente, lo que evoque un pasado perdido. Por eso los viajes a España para ver las corridas de toros y otros escenarios pintorescos, a Italia para conocer las ruinas y a Oriente para experimentar la barbarie, se harán populares durante el siglo XIX. Véase Porras Castro (181-188).

En este artículo, Sarmiento finge ser un chileno amante de los relatos de viajes y curioso por conocer parajes lejanos y exóticos. A través de este texto, el sanjuanino aprovecha de parodiar varios de los lugares comunes del viaje romántico (Prieto 182), se burla de la búsqueda de lo pintoresco que contrasta con una realidad que deja palpar el atraso del país:

Un mundo de ilusiones se había evaporado con esta perspectiva; habíame propuesto dividir mi viaje en cuadros románticos; el primero debía llamarse “Mi partida”, i cualquiera que como yo sea aficionado a versos i amorios, se imaginará fácilmente todas las ternezas que podían ataviarlo; el segundo “Un compañero de viaje”, tema fecundo en incidentes i rasgos de ingenio para trazar un carácter orijinal, costumbres raras, etc; el tercero “El paisaje”; “La casa de campo”, el cuarto; “El encuentro feliz”, el quinto, si había alguno que no fuese el de una carreta o una piedra, i así los demás. ¿Qué me quedaba, mientras tanto, de mi plan de viaje? Mi primer cuadro era la cataplasma de barro en el ojo; el segundo sería sin duda, el lecho i cobertor de barro debajo del dosel de una rueda; i no me quedaban alientos para imaginar los demás (Sarmiento, *Obras* I 117-8).

El pasaje citado muestra cómo el sanjuanino conocía bien las posibilidades que brindaba el género, pero también era consciente de que un texto de viajes luce muy distinto a ojos de un lector latinoamericano, cuyas perspectivas y preocupaciones no son las mismas. El protagonista de la crónica sobre el viaje a Valparaíso ha leído muchos relatos de viajes y cae en la desilusión al comprobar que lo que a un europeo le puede parecer pintoresco, para él no es más que la prueba poco grata del atraso de su país. Sin embargo, la desmitificación del modelo romántico no significa que el sanjuanino deje de lado otros modelos que el género ofrece. Más que la descripción de una naturaleza exuberante y de episodios pintorescos, Sarmiento se interesa por retratar el cuerpo social. Su descripción de Valparaíso nos demuestra que para él (y para su público lector) será más atractivo y fructífero describir el puerto como el escenario de transición de un tipo de sociedad y de organización urbana —la hispano-colonial— a otra nueva —la civilizada, modelada por el intercambio con marinos e inmigrantes de Francia e Inglaterra y el estímulo que el libre comercio da al progreso— transición cuyo espectáculo quizás no es sublime, pero cuya descripción sí puede producir un saber útil, tal como lo hiciera también con *Facundo*:

Valparaíso es una anomalía en América, una ciudad sin plan i sin forma, es un verdadero camarón echando patas i antenas en todas direcciones (...) Valparaíso con sus vastos almacenes de depósito, sus escasos pero lindos templecillos con torres brillantes de barniz i pintura; Valparaíso, en fin, tan distinta física i moralmente de las regulares i monótonas ciudades americanas, cortadas todas en ángulos rectos por las calles paralelas que en encontrados sentidos las cruzan, es la Europa acabada de desembarcar i botada en desorden en la playa, es una burla hecha a la profusión de tierras del continente; es una parodia que remeda el exceso de población de otros países; es la miseria con los atavíos de la opulencia; el combate de las costumbres nuevas con las añejas; la invasión lenta pero irresistible de la civilización i de los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza i una monstruosidad, un jardín sin verdura, una playa poblada, un desembarcadero i no un puerto; la puerta de Chile i el gran emporio de su comercio (Sarmiento, *Obras* I 127-8).

La cita anterior nos muestra cómo la exaltación típica del tono romántico no es del todo abandonada, pero el tema del cual se hace cargo este viajero es otro, que dista del objeto que solían pintar los viajeros románticos europeos. Observamos además que en el pasaje citado la perspectiva del viajero sufre una modificación: en un principio el narrador va describiendo la ciudad a medida que se interna en ella, contándonos lo que ve a través de la ventana del coche en el que viaja; de pronto esta perspectiva se transforma abruptamente y la mirada del viajero parece elevarse por sobre la perspectiva individual para describir el espectáculo como una totalidad que se abarca desde las alturas, sobrevolando el panorama para alcanzar la visión de un todo en movimiento. Este cambio en el punto de vista se relaciona con lo que Ette llama las dimensiones espaciales de la literatura en movimiento, que permiten analizar la construcción de la descripción del espacio en relación con el punto de vista del sujeto viajero (*Literatura de viaje* 16). Ette observa en Humboldt este mismo desplazamiento desde la perspectiva individual hacia una perspectiva elevada que construye un marco de comprensión más amplio respecto del espacio que el texto presenta, un marco que se eleva por sobre la experiencia individual para integrar información y conocimientos adquiridos a través de lecturas y estudios previos que permiten configurar este panorama amplio. Vemos que Sarmiento realiza un movimiento similar y el viajero que nos habla de Valparaíso parece ser otro, ya no es ese chileno ingenuo y romántico, lector

aficionado de relatos de viajes, sino que se revela la mirada del argentino como representante del letrado latinoamericano, cuya preocupación es la lucha por el progreso de las recién nacidas repúblicas y la superación de la condición de atraso heredada del pasado colonial. Al igual que Humboldt, la descripción de Sarmiento es abundante en la enumeración de elementos, pero éstos últimos no se acumulan en una suerte de lista, uno detrás de otro, sino que van formando una totalidad organizada (Ette, *Literature on the move* 116-118) cuya estructura apunta a una comprensión de la problemática latinoamericana que es previa a la experiencia viajera y que le permite organizar el panorama al mismo tiempo que lo presenta. Sarmiento se disfraza de un viajero común, chileno y sin pretensiones —un simple curioso—, solo para introducir de contrabando esta otra perspectiva, que se eleva por sobre la del individuo común para adoptar la posición del intelectual de la ciudad letrada latinoamericana. Su estrategia es captar la atención y buscar la identificación con el lector común, y desde esa complicidad elevarlo a la perspectiva del intelectual, donde la descripción está ordenada por una red de significaciones que permiten mostrar al lector en qué consiste el atraso y la carencia en las sociedades de América Latina y cuáles son los caminos a seguir para superar dicha condición.

Mary Louise Pratt ha destacado cómo las descripciones en Humboldt pintan un panorama cuya potencia no reside en la fuerza visual de lo descrito, sino en la revelación de las fuerzas ocultas que mueven la naturaleza y que permiten representarla como una totalidad (Pratt 220). Sarmiento, por su parte, se muestra similar a Humboldt; como la del alemán, su descripción destaca no por su innegable riqueza visual, sino por su habilidad para inscribir los elementos dentro de una trama de significaciones que apuntan a hacer visible la lucha entre civilización y barbarie en América y las fuerzas ocultas del movimiento del progreso en lucha contra las fuerzas retrógradas de las costumbres coloniales. Valparaíso es uno de los lugares donde esa lucha y ese movimiento lento, pero irrefrenable, se está realizando y la descripción del argentino busca, por sobre todo, hacer de ese movimiento y de esa traslación casi épica de la civilización europea a tierras latinoamericanas algo *visible*. Sarmiento, de este modo, en su papel de sujeto viajero, se encargará de construir esta perspectiva para ver, una perspectiva que permita hacer visible las fuerzas de la historia y el progreso social, como producción de un conocimiento útil para los latinoamericanos, tal como lo hiciera también en *Facundo*.

Por esta razón, cuando Sarmiento escribe el prólogo de *Viajes* debe necesariamente marcar su distinción respecto de los modelos que ofrece el libro de viajes europeo, para construir un modelo nuevo, distinto, un viaje útil para los latinoamericanos, que sea capaz de elevarse por sobre el detalle pintoresco para develar las fuerzas ocultas que mueven la historia en los países europeos. Quien posea la clave para comprender esas fuerzas que han hecho de Europa el centro de la civilización, podrá aplicarlas luego al caso latinoamericano. Sarmiento necesita relatar su viaje porque desea entregar ese saber que su experiencia viajera le ha permitido producir y desea, al mismo tiempo, legitimar su propio discurso como letrado latinoamericano a través de dicha experiencia, que otorga autoridad a sus ideas acerca de América.

De este modo, el viaje de Sarmiento por Montevideo, Río de Janeiro, Europa, Argelia y Estados Unidos brinda al argentino la posibilidad única de producir un saber acerca de las sociedades europeas y norteamericana, y compararlas con los casos sudamericanos. Si bien Sarmiento no es el primer intelectual latinoamericano que viaja en busca de la modernidad, sí es uno de los primeros que decide escribir un texto acerca de ese viaje, cuya finalidad explícita es producir un saber destinado a los lectores latinoamericanos<sup>11</sup>. Existen textos de viajeros latinoamericanos que relatan su visita a Europa ya en el periodo de la Colonia, pero tal como señala David Viñas al analizar el caso de Manuel Belgrano, la relación que estos viajeros mantienen con Europa es la de un súbdito frente a la corte, la mirada se subordina ante la altura mayor de la sociedad europea, de su cultura superior y de su autoridad frente a un visitante de las colonias, por

<sup>11</sup> Así también lo señala Mary Louise Pratt cuando se refiere a los viajes de Sarmiento: “Lo nuevo no fue que Sarmiento viajara, ni qué países visitó: lo nuevo fue que escribió un libro sobre ello. Era frecuente que los criollos hispanoamericanos viajaran a Europa y mandaran a sus hijos a estudiar allí; pero no produjeron una literatura sobre Europa. Podríamos muy bien pensar que, como sujetos coloniales, carecerían de una autoridad discursiva o de una posición legítima de discurso desde la cual representar Europa” (329). De este modo, los viajes de Sarmiento inauguran una serie de discursos latinoamericanos acerca de Europa, que si bien no son una superación de la posición subalterna frente a la cultura europea, sí representan una descolonización de los discursos latinoamericanos acerca de Europa, donde la representación de lo europeo se realiza de manera activa, y el viajero va construyendo esta representación a partir de sus impresiones, lecturas, ilusiones y desilusiones frente a la experiencia de viaje.

lo tanto la actitud del viajero colonial es pasiva y su relato de viajes está transido de esa pasividad a la hora de retratar el “viejo continente” (Viñas 13-25). Algo similar sucede con un viajero chileno como Nicolás de la Cruz y Bahamonde, el Conde del Maule<sup>12</sup>, que publicó sus relaciones de viajes en 1783 y a quien Sarmiento se refiere en su prólogo como a uno de sus pocos antecedentes latinoamericanos<sup>13</sup>. El caso es que el sanjuanino también desea desligarse de dicho referente, al considerarlo muy descriptivo, probablemente por su pasividad como viajero colonial. La finalidad de Sarmiento, al publicar sus *Viajes* no es la de describir minuciosamente todo lo visto fuera de Chile, como lo hicieron el Conde del Maule o más tarde su compatriota Alberdi, sino que su relato es algo distinto que reclama una cierta explicación previa<sup>14</sup>. De este modo, Sarmiento se ve en la ardua misión de justificar su escritura frente a una doble dificultad:

<sup>12</sup> El modelo del “viajero colonial”, tal como lo describe David Viñas, es analizado para el caso de dos viajeros chilenos pertenecientes al periodo colonial –Nicolás de la Cruz y Bahamonde (1757-1828) y Juan Antonio Rojas (1742-1814)– en el artículo de Carlos Sanhueza (213-220).

<sup>13</sup> Aunque Sarmiento no lo menciona, existe otro antecedente inmediatamente anterior a él: en 1845, Juan Bautista Alberdi publica en Chile la relación de su viaje por Europa *Veinte días en Génova*, que David Viñas interpretará bajo el modelo del *viaje utilitario*, donde Alberdi se aboca a engullir todo el conocimiento que Europa pueda ofrecerle, evitando la tentación de hundirse en los placeres que ofrecen las ciudades del “viejo mundo”, y el peligro de transformar su periplo en un viaje estético (Viñas 25-36). Es raro que Sarmiento no se moleste en aludir a un texto que evidentemente debía conocer, dada su relación con Alberdi y estando ambos exiliados en Chile. La rivalidad entre Sarmiento y Alberdi, que culminará luego de la batalla de Caseros en 1852, explica quizás esta evidente omisión. Cabe agregar que, pese a que Alberdi es el predecesor más directo del texto sarmientino en cuanto a la experiencia del viajero latinoamericano en Europa, hay entre ambos textos una diferencia fundamental. Alberdi, como bien señala Viñas, va a engullir el conocimiento europeo que albergan, sobre todo, sus bibliotecas. Para Alberdi, Europa es un espacio productor de conocimiento y él un simple asimilador que no está aún en condiciones de representar dicho espacio. Sarmiento, en cambio, viaja a Europa con una actitud más ambiciosa pues se propone juzgarla, es decir, adopta una postura activa que aspira a comprender, ordenar, representar y traducir culturalmente las fuerzas secretas del progreso. Pese a que se posiciona en el lugar de la carencia –carencia de civilización, hambre de progreso–, Sarmiento no es un simple recolector de saber sino un productor, que toma una distancia crítica frente al espacio que examina.

<sup>14</sup> Thea Pitman, en un artículo sobre los libros de viajes escritos por mexicanos, afirma que estos últimos, cuando escriben sus viajes, también buscan distinguirse del género del viaje europeo a tal punto que afirman que ellos no escriben libros sobre

desligarse de los modelos que ofrecen los viajeros europeos y a la vez legitimar su lugar de enunciación como latinoamericano que ya no se sitúa pasivamente frente Europa, sino que intenta comprender su realidad, explicarla e incluso criticarla. De este modo, su texto se vuelve en cierta medida una anomalía y —encubierto por el recurso a la falsa modestia— un gesto triunfal, pues ¿cómo un latinoamericano va a poder explicar en qué consiste la civilización europea? Sarmiento, que admite su inferioridad como veedor frente a la metrópolis, sabe que su texto tendrá algo de inclasificable y que por lo mismo posee un carácter inaugural:

El Anacarsis<sup>15</sup> no viene con su ojo de escita a contemplar las maravillas del arte, sino a riesgo de injuriar la estatua con sólo mirarla. Nuestra percepción está aún embotada, mal despejado el juicio, rudo el sentimiento de lo bello, e incompletas nuestras nociones sobre la historia, la política, la filosofía i bellas letras de aquellos pueblos, que van a mostrarnos en sus hábitos, sus preocupaciones, i las ideas que en un momento dado los ocupan, el resultado de todos aquellos ramos combinados de su existencia moral i física. Si algo más hubiera que añadir a esto, sería que el libro lo hacen para nosotros los europeos; i el escritor americano, a la inferioridad real, cuando entra con su humilde producto a engrosar el caudal de las obras que andan en manos del público, se le acumula la desventaja de una prevención de ánimo que le desfavorece, sin que pueda decirse por eso que inmerecidamente. Si hubiera descrito todo cuanto he visto, como el Conde del Maule, habría repetido un trabajo hecho ya por más idónea i entendida pluma; si hubiese intentado escribir *impresiones de viaje*, la mía se me habría escapado de las manos, negándose a tarea tan desproporcionada. He escrito, pues, *lo que he escrito*, porque no sabría como clasificarlo de otro modo, obedeciendo a instintos i a

---

viajes. Según Pitman, dicha afirmación sería una estrategia retórica para distinguir los escritos mexicanos del género del viajero europeo (215).

<sup>15</sup> No está de más hacer notar la referencia de Sarmiento a Anacarsis, protagonista de la obra de Jean Jacques Barthélémy *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce, vers le milieu du quatrième siècle avant J. C.* (1821). Anacarsis se caracteriza por ser un viajero que lee e investiga antes de viajar y de narrar sus impresiones, para asegurarse de la verdad de lo que le cuentan y muestran durante su periplo. No es de extrañar que Sarmiento invoque su figura como un modelo a seguir para el relato de su propia experiencia de viaje.

impulsos que vienen de adentro, i que a veces la razón misma no es parte a refrenar (Sarmiento, *Viajes* 4-5).

Aquella fórmula de Sarmiento –“He escrito, pues, *lo que he escrito*”<sup>16</sup>– revela ese gesto triunfal del que hablábamos más arriba: el argentino no necesita escudarse en modelos conocidos, pues su escritura se legitima por sí misma, la utilidad y valía de lo que aparece en esta colección de cartas justifican automáticamente su publicación. El móvil de esta escritura que Sarmiento afirma misteriosamente que “obedece a los instintos” o a “impulsos que vienen de adentro”, como si su libro hubiese sido dictado por las musas, se aclara al continuar la lectura del prólogo, cuando el sanjuanino hace explícito cuál es el objeto que sus viajes pretenden examinar, más allá de las peripecias del propio viajero:

Ni es ya la fisonomía exterior de las naciones, ni el aspecto físico de los países, sujeto propio de observacion, que los libros nos tienen harto familiarizados con sus detalles. Materia más vasta, si bien ménos fácil de apreciar, ofrecen el espíritu que ajita a las naciones, las instituciones que retardan o impulsan sus progresos, i aquellas preocupaciones del momento, que dan a la narración toda su oportunidad, i el tinte peculiar de la época (Sarmiento, *Viajes* 5).

De este modo, la perspectiva desde la cual Sarmiento relata sus viajes es aquella que permite vislumbrar este “espíritu que ajita a las naciones”, es decir, las fuerzas que mueven la historia en las naciones europeas, que hacen nacer nuevas instituciones, nuevas ideas, costumbres y formas artísticas, que impulsan revoluciones, conquistas y luchas sociales; y que representan para el sanjuanino el desenvolvimiento del espíritu de la civilización. Los viajes de Sarmiento inauguran lo que Frédéric Martínez llamará el viaje de la “observación civilizadora” (281), en que los intelectuales y políticos latinoamericanos, generalmente hombres pertenecientes a la oligarquía, viajan a Europa a observar el mundo civilizado y extraer del mismo un aprendizaje acerca de la marcha de la civilización. Este viaje de formación se hace relativamente común durante la segunda mitad del siglo XIX, periodo en el que se escribe una gran multitud de libros de viajes de latinoamericanos que visitan Europa o Estados Unidos y que, en

<sup>16</sup> El destacado es de Sarmiento.

su vertiente liberal, se transforman en una herramienta de la “pedagogía del progreso” (Martínez 304). La idea de representar qué es Europa –cuyo solo nombre es una suerte de sinónimo de progreso y civilización– lleva asociada un poder que no debe despreciarse: la posibilidad de producir, controlar y administrar un cierto saber que otorgaba un peso y autoridad a quien lo detentaba y, en virtud de dicha autoridad, la posibilidad de influir en decisiones políticas acerca del futuro de las nacientes repúblicas latinoamericanas:

La voluntad, compartida por liberales y conservadores, de hacer del relato de viaje un instrumento de pedagogía nacional revela que existe un consenso sobre la pertinencia de las experiencias europeas en el contexto nacional; pero también refleja el anhelo de las élites de adueñarse de las representaciones políticas del viejo continente. Este deseo de apropiarse y controlar el discurso sobre Europa se fundamenta también, tanto para los liberales como para los conservadores, en la convicción de que la difusión incontrolada de escritos europeos puede ser peligrosa políticamente y es preferible filtrarla y controlarla (Martínez 305).

Sarmiento, que inaugura esta “pedagogía del progreso”, es consciente de que su libro de viaje le permite ostentar un lugar privilegiado al interior de la élite letrada, pues no solo posee el “secreto de la barbarie”, develado a través de su biografía de Facundo Quiroga, sino además el secreto de la civilización. El viaje de Sarmiento y los que seguirán después de él refuerzan a su vez el papel de la élite letrada como mediadora entre la cultura europea y el medio cultural latinoamericano. Sarmiento, que había ganado su lugar en el campo intelectual chileno como traductor cultural de la barbarie, completa a través de este texto una trayectoria que lo legitima en ese papel, pues ahora es capaz de traducir, para el lector latinoamericano, en qué consiste la civilización en Europa, diagnosticar el estado de cosas en las sociedades de Latinoamérica, y mostrar el rumbo a seguir si éstas quieren vencer a las fuerzas de la barbarie. Por eso, en su prólogo a *Viajes*, deja en claro que como representante de las tierras de América Latina, su visión de Europa y Estados Unidos siempre está en constante referencia a la realidad latinoamericana, punto de comparación obligado desde el cual es posible dar significado a lo que ve durante su travesía, pues su experiencia como viajero solo tiene sentido, solo adquiere

real valor y espesura, en la medida en que sirve para iluminar la situación de las repúblicas latinoamericanas:

El hecho es que bellas artes, instituciones, ideas, acontecimientos, i hasta el aspecto físico de la naturaleza en mi dilatado itinerario, han despertado siempre en mi espíritu, el recuerdo de las cosas análogas de América, haciéndome, por decirlo así, el representante de estas tierras lejanas, i dando por medida de su ser, mi ser mismo, mis ideas, hábitos e instintos. Cuánta influencia haya ejercido en mí mismo aquel espectáculo, i hasta dónde se haga sentir la inevitable modificación que sobre el espíritu ejercen los viajes, juzgáranlo aquellos que se tomen el trabajo de comparar la tendencia de mis escritos pasados con el jiro actual de mis ideas. Por lo que a mí respecta, he sentido agrandarse i asumir el carácter de una convicción invencible, persistente, la idea de que vamos en América por mal camino, i de que hai causas profundas, tradicionales, que es preciso romper, si no queremos dejarnos arrastrar a la descomposicion, a la nada, i me atrevo a decir a la barbarie, fango inevitable en que se sumen los restos de los pueblos i de razas que no pueden vivir, como aquellas primitivas, cuanto informes creaciones que se han sucedido sobre la tierra, cuando la atmósfera se ha cambiado, i modificádose o alterado los elementos que mantienen la existencia (Sarmiento, *Viajes* 6-7).

La cita anterior no solo pone en claro cuál es la perspectiva que Sarmiento va a asumir en su mirada a las tierras de Europa y Norteamérica, sino que además hace énfasis en cómo la experiencia viajera ha operado un cambio o una transformación en su ideario y en su modo de pensar la civilización y el destino de América Latina. Su periplo ha adquirido las marcas del “viaje iniciático” (Barrera Enderle 165), la experiencia viajera se traduce en una confirmación de su misión civilizadora y lo transforma a él en una figura ungida por dicha experiencia: encarna la imagen del intelectual patriota que vuelve de un largo viaje con la misión de salvar a su patria del peligro de la barbarie y con la certeza de cuál es el camino que debe seguir para realizar su misión<sup>17</sup>. El discurso sarmientino queda investido

<sup>17</sup> Frédéric Martínez advierte cómo, en el caso de los viajeros colombianos que visitan Europa y Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX, la imagen del viajero que regresa a salvar su patria, se remonta a la figura de Bolívar y la estadía en el extranjero se transforma en una etapa formativa clave en la carrera del intelectual-

de la autoridad que brinda una experiencia que se ha transformado en una creciente certeza, en la visión clara de cuáles son los hilos que mueven la historia, el progreso de las naciones y el lugar que Latinoamérica ocupa dentro del mapa mundial de la marcha hacia la civilización. El intelectual argentino ha entrado en posesión de una verdad, alcanzada después de una travesía ardua, que desea compartir con sus lectores, para iluminar y brindar claridad a sus coterráneos. La imagen del sol y su luz como alegoría de la verdad aparece hacia el final del prólogo y el viaje de Sarmiento se inscribe en una red de significados donde el periplo aparece como una ascensión progresiva hacia la iluminación, hacia la visión clara y transparente de lo verdadero, es decir, de lo que es verdaderamente la civilización. Sorprende la constante referencia al ojo y a la dificultad que poseen de suyo los ojos venidos de las “tierras bajas” para poder contemplar con justeza el panorama de las culturas metropolitanas. El viaje queda representado como una progresión lineal que culmina en el momento en que los ojos del viajero se han elevado hasta alcanzar la contemplación del resplandor que emana de lo verdadero; ojos latinoamericanos cuya posición subalterna les impide en primera instancia mirar de frente y comprender la verdad de las sociedades europeas, pues son ojos que han vivido en una tierra de sombras y la sola visión del resplandor metropolitano puede cegarlos<sup>18</sup>. El movimiento de ascensión lineal y su posterior completitud bajo la figura del círculo que implica el necesario retorno al punto de origen –en cuanto coreografías generales del viaje (Ette 13)– se confirman en este prólogo donde Sarmiento admite haber alcanzado la condición del ojo europeo y la capacidad de respirar en las “tierras altas”:

(...) [N]o siendo otra cosa mi viaje, que un anhelar continuo a encontrar la solución de las dudas que oscurecen i envuelven la

---

político latinoamericano, que le confiere la autoridad y legitimidad en la tarea de construir la nación: “El paradigma del regreso desde el extranjero para salvar la patria comienza entonces a imponerse como una de las etapas obligadas en la carrera de todo gran hombre de Estado. Bolívar regresando a América luego de haber jurado en Roma su emancipación, o Santander, quien vuelve del exilio en 1832 para tomar las riendas de la Nueva Granada, proveen los modelos de referencia” (336).

<sup>18</sup> Notamos aquí, además, cómo Sarmiento acude implícitamente al tópico religioso tradicional, tanto en la antigüedad como en la tradición judeo-cristiana, acerca de la imposibilidad de mirar de frente o sin mediación a la divinidad, so pena de quedar ciego o perecer ante una experiencia que supera los límites de lo humano.

verdad, como aquellas nubes densas que al fin se rompen, huyen i disipan, dejándonos despejada y radiosa la inmutable imájen del sol.

Sobre el mérito puramente artístico i literario de estas páginas, no se me aparta nunca de la mente que Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Jaquemont, han escrito viajes, i han formado el gusto del público. Si entre nuestros inteligentes, educados en tan elevada escuela, hai alguno que pretenda acercárseles, yo sería el primero en abandonar la pluma i descubrirme en su presencia. Hai rejiones demasiado altas, cuya atmósfera no pueden respirar los que han nacido en tierras bajas, i es locura mirar el sol de hito en hito, con peligro cierto de perder la vista (Sarmiento, *Viajes* 7).

Si bien en el párrafo final vuelve a la estrategia de la falsa modestia y Sarmiento admite que el valor literario de su pluma no osa compararse con el arte de aquellos cuatro autores franceses, queda flotando la idea de que aun cuando su obra no pretende alcanzar un mérito estético a la altura de los escritores europeos, los viajes de Sarmiento sí han conquistado el mérito de producir un saber útil, que es justamente lo que el autor propone en su prólogo como clave de lectura. La diferenciación inicial respecto del viaje romántico queda nuevamente zanjada: al argentino no le interesa escribir un viaje bello, sino un viaje útil, que entra en posesión de la verdad respecto de la civilización y cuya misión es entregar esa verdad, mostrarla a su pueblo y emanar su luz a través de su escritura. La consagración que Sarmiento cree alcanzar a su regreso desde la peregrinación metropolitana, no es la del artista, sino la del intelectual-político de la ciudad letrada que ha alcanzado “la convicción invencible, persistente” de que en América Latina vamos por mal camino y que él conoce las “causas profundas” de ese malestar.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, JUAN BAUTISTA. *Veinte días en Génova*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1845. Impreso.
- BARRERA ENDERLE, VÍCTOR. “La polémica como manifestación crítica y literaria: Domingo Faustino Sarmiento”. *La formación del discurso crítico hispanoamericano (1810-1870)*. Tesis para optar al grado de Doctor en

- Literatura Chilena e Hispánica, Universidad de Chile, 2005. Visitado el 21 de julio de 2014. [http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2005/barrera\\_v/html/index-frames.html](http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2005/barrera_v/html/index-frames.html). Digital.
- BRINTRUP, LILLIANET. *Viaje y escritura: viajeros románticos chilenos*. New York: Peter Lang, 1992. Impreso.
- DUSSEL, ENRIQUE. “Europa, modernidad y eurocentrismo”. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Edgardo Lander, ed. Buenos Aires: CLACSO, 2003. 41-43. Impreso.
- ETTE, OTTMAR. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México D.F.: UNAM, 2001. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Literature on the move*. Nueva York: Editions Rodopi, 2003. Impreso.
- \_\_\_\_\_. “Los caminos del deseo. Coreografías en la literatura de viajes: un ensayo acerca de su multidimensionalidad y figuras fundamentales de los movimientos que pone en escena”. *Humboldt* 141 (2004): 10-14. Impreso.
- MARTÍNEZ, FRÉDÉRIC. *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional de Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República / Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001. Impreso.
- OSSANDÓN, CARLOS. “Sarmiento o la modernidad radical”. *Mapocho* 31 (1992): 113-118. Impreso.
- PITMAN, THEA. “Mexican Travel Writing: The Legacy of Foreign Travel Writers in Mexico, or Why Mexicans Say They Don’t Write Travel Books”. *Comparative Critical Studies* 4, 2 (2007): 209-223. Impreso.
- PORRAS CASTRO, SOLEDAD. “Concepto y actualización de la literatura de viajes. Viajeros en España en el siglo XIX”. *Castilla: Estudios de Literatura* 20 (1995): 181-188. Impreso.
- PRAIT, MARY LOUISE. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997. Impreso.
- PRIETO, ADOLFO. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2003. Impreso.
- ROJAS, ELENA M. “Texto, texturas y formas”. *Viajes por Europa, África y América*. Domingo Faustino Sarmiento. Santiago: Colección Archivos Editorial Universitaria / ALLCA XX, 1997. 955-1004. Impreso.

- SANHUEZA, CARLOS. "De la periferia colonial al centro del Imperio. Viajeros hispanoamericanos en las cortes españolas durante el siglo XVIII". *Latin America in the Atlantic World. El mundo atlántico y América Latina (1500-1850). Essays in honor of Horst Pietschmann*. Renate Pieper y Peer Schmidt, eds. Colonia: Böhlau Verlag, 2005. 213-220. Impreso.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. *De la Educación Popular*. Santiago: Imprenta Julio Belín y Compañía, 1849. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Obras Completas*. Santiago: Imprenta Gutemberg, 1887. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Facundo*. Barcelona: Biblioteca Ayacucho, 1985. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Viajes por Europa, África y América*. Santiago: Colección Archivos Editorial Universitaria / ALLCA XX, 1997. Impreso.
- VIÑAS, DAVID. *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Siglo XX, 1974. Impreso.
- ZEÁ, LEOPOLDO. *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona: Ariel, 1976. Impreso.

Recepción: 21.07.2014

Aceptación: 05.08.2014